

Elías

Juan Pablo García

Juan Pablo García (Bogotá, Colombia; 21 años) es estudiante de Cine en INCINE, con especialización en Dirección de Fotografía. Su interés por la imagen surge del entorno familiar: su abuelo fue fotógrafo y su padre trabaja como asistente de cámara; desde niño lo acompañó a rodajes y nació su curiosidad por el “cómo” de las escenas. En INCINE ha fortalecido su capacidad para contar historias y provocar emociones en el público. Disfruta el trabajo en set, el uso del equipamiento y la dinámica bajo presión, que le exige resolver problemas con rapidez—una sensación que lo motiva.

Elías no había necesitado un calendario en los últimos veinte años. Los días en el Faro de Punta Silencio se medían con la precisión inexorable de la luz: seis destellos largos, un breve parpadeo, una pausa de siete segundos, y luego el ciclo volvía a empezar. Esta secuencia, grabada en su retina y en el tic-tac de su corazón, era lo único que marcaba el tiempo en aquel islote de roca mordida por el Atlántico, un promontorio que era tanto su hogar como su prisión autoimpuesta.

A sus setenta y tres años, Elías era el último de una estirpe de fareros solitarios, hombres que encontraban consuelo en el rugido constante del mar y en la promesa silenciosa de que, a través de sus manos, la vida continuaría en el horizonte. Llevaba una vida de rituales tan antiguos y pulidos como las lentes de Fresnel que cuidaba con devoción. La limpieza matutina, el ascenso al atardecer, la verificación del combustible, el descenso nocturno. En ese orden. Siempre.

Su única compañía era el gato Tuerca, llamado así por su incapacidad para estarse quieto. Tuerca no ofrecía conversación, pero su ronroneo era un ruido vivo, un ancla palpable en el silencio denso que envolvía la torre.

Una mañana de agosto, después de una marea especialmente violenta que había arrojado algas marinas y restos de madera hasta el mismo pie del faro, Elías encontró algo inusual. No era un tronco, ni una boya rota, ni un pez moribundo, sino una caja.

Era una pieza de artesanía exquisita y desconcertante. Tenía el tamaño de un ladrillo grande, hecha de una madera oscura, casi negra, que olía a sal, a tierra húmeda y a algo más, algo parecido a cobre viejo y lavanda seca. La superficie estaba grabada con un patrón laberíntico de ondas y nudos que no pertenecían a ninguna cultura marina conocida por Elías. Carecía de bisagras o cerraduras visibles. Su única característica operativa era una pequeña manivela de bronce verdoso incrustada en un lateral.

Elías la llevó al interior, la secó con un paño de lino y la examinó sobre la mesa de su cocina, donde el olor a café y a tostadas competía con el aroma misterioso del objeto. La curiosidad, un músculo que apenas usaba, se tensó. Pensó en tirarla de nuevo al mar —una cosa tan extraña solo podía traer problemas—, pero la tentación era demasiado fuerte.

Respiró profundamente, colocó la caja con firmeza sobre la mesa y giró la manivela. No hubo clic, ni el rasgueo de un mecanismo de cuerda. Lo que sonó no fue música, sino una bocanada de aire húmedo y frío, seguida por un sonido claro y fugaz que hizo que Tuerca se irguiera y bufara. Era el ladrido de un perro. Un ladrido jovial, ahogado por la distancia y el tiempo.

Elías se quedó inmóvil. En Punta Silencio no había perros desde hacía más de cuarenta años, cuando su propio Sabueso, un animal llamado Barlovento, había envejecido y se había marchado al silencio definitivo.

El farero giró la manivela una vez más, lenta y deliberadamente. Esta vez, escuchó un coro lejano de voces infantiles cantando una melodía que no pudo identificar. La risa limpia y aguda de una niña, tan cristalina que sintió un pinchazo detrás de los ojos. Las voces se desvanecieron tan pronto como empezaron, dejando solo el persistente zumbido de la lámpara del faro.

La caja no reproducía grabaciones. Elías lo supo en la médula. Si fuesen grabaciones, el sonido sería plano, encapsulado. Esto era diferente. Era como si la caja no contuviera el sonido, sino el eco físico de lo que había tocado el aire en ese exacto punto del islote, filtrado a través de décadas. Era la memoria sonora del lugar.

A partir de ese día, el ritual de Elías adquirió una nueva y peligrosa fase. Después de la cena, mientras la luz giraba sobre el mar, se sentaba frente a la caja. Aprendió que la fuerza y la dirección con la que giraba la manivela alteraban la profundidad temporal del eco. Un giro suave traía la tarde anterior (el sonido del viento colándose por la ventana; el chirrido de su silla). Un giro rápido y prolongado se hundía en el pasado. Y fue al hundirse que comenzó la verdadera adicción.

Primero, buscó lo trivial, lo inocuo. Un día, giró la manivela con la fuerza de un hombre que busca un tesoro enterrado. El aire se llenó con el sonido de las olas rompiendo de una manera distinta, más salvaje, más primigenia. Luego, un sonido de trabajo: el martilleo rítmico de un herrero que había desaparecido antes de que Elías naciera, el clangor metálico que había construido la primera escalera de la torre. El farero sonrió por primera vez en años. Pero no podía evitar buscar el sonido que más le dolía y que más anhelaba: la voz de Elena.

Elena, su esposa, había sido el sol entre las brumas de Punta Silencio. Había vivido en la torre durante doce años antes de que una enfermedad repentina se la llevara. Su risa era un sonido vibrante y poco común en ese lugar de silencios.

Una noche, Elías decidió que no descansaría hasta encontrarla. Giró la manivela hasta que le dolieron los nudillos, respirando el aire frío que emanaba la caja. Los ecos se superponían: un motor de vapor de 1930, el grito de un halcón de 1975, el gemido del viento en una tormenta de 1988. Y de repente, un claro:

—Elías, ¿has visto mis tijeras? Las dejé sobre la carta náutica...

La voz. La voz de Elena, apenas un susurro de hace treinta años, grabada en el aire. Elías se paralizó con las lágrimas quemándole las mejillas. Era tan nítida, tan ordinaria, tan ella. Había hablado justo en ese rincón de la mesa de la cocina. Elías extendió una mano temblorosa, como si pudiera tocar el sonido, como si el sonido fuese la tela de un fantasma.

La risa. Necesitaba la risa.

Se enfocó, recordando un día particular: el picnic de aniversario de 1995, justo al pie de la torre, donde ella había tropezado con una gaviota. Giró la manivela suavemente, con reverencia, buscando ese instante exacto.

Lo encontró.

—¡Cielos, Elías! ¡Mírame!— Y luego, la risa. Una carcajada sonora que se elevó sobre el siseo de las olas y llenó la pequeña cocina con una luz efímera.

Elías cerró los ojos y se dejó caer en el sonido. Durante media hora, giró y detuvo la manivela, escuchando fragmentos de su vida juntos: el sonido de las tazas de porcelana, el ruido del papel de regalo al ser rasgado, el crujido de la cama que compartieron. Cada sonido era un golpe sordo en su pecho, una herida fresca que le recordaba no solo lo que había perdido, sino lo cerca que estaba, atrapado en el éter.

A la mañana siguiente, Elías se sintió agotado, como si no hubiese dormido, sino caminado cincuenta kilómetros bajo una lluvia helada. Elías ya no era un simple farero, era un excavador de tumbas acústicas.

La Caja de Ecos se convirtió en su amo. Su trabajo empezó a sufrir. Un día, por estar buscando el sonido de un partido de fútbol que había escuchado con Elena, casi olvida purgar el sistema de combustible de la lámpara. La noche fue brumosa y la luz parpadeó peligrosamente. Por primera vez en décadas, Elías puso en riesgo el principio fundamental de su existencia: la luz por encima de todo.

Comprendió entonces que la caja no era un regalo, sino una trampa dulce. La memoria debe ser un eco interno, no un artefacto externo. Pero la tentación de la voz de Elena era una droga muy poderosa. Se prometió una última inmersión. Necesitaba un cierre, un eco final que le permitiera enterrarla de nuevo con amor y paz.

Esa noche, giró la manivela con una intensidad y desesperación que superaron todo lo anterior. No buscaba un momento particular de felicidad, sino la profundidad máxima, el silencio del que emergen los fantasmas más antiguos.

La caja respondió con un rugido.

No fue el sonido de una ola, sino el trueno de una tormenta que Elías recordó con horror. La Tormenta de 1965. Una tempestad de invierno tan brutal que la espuma había llegado hasta el nivel de la linterna. En medio del vendaval, Elías, que entonces era un joven ayudante, había visto las luces de un pequeño pesquero, El Tritón, luchando por encontrar la bahía. Las luces se apagaron en el momento en que se desviaron de la trayectoria segura. Elías había dado la alarma, pero el mar había sido más rápido. Tres hombres. Tres hombres que no habían llegado a ver el amanecer.

Mientras giraba la manivela, el eco de esa noche se magnificó. El viento era un lamento que le perforaba los tímpanos. La lluvia, un tamborileo violento sobre el cristal. Y luego, un sonido que nunca había podido olvidar: el crujido de la madera al romperse contra la Roca del Diablo, el ruido definitivo que selló tres destinos.

Pero la caja no se detuvo ahí. Fue más allá de lo que su propia memoria podía alcanzar. En medio del crujido y el rugido, Elías escuchó voces. No el grito ahogado de los hombres, sino un diálogo breve y frío, como un telegrama sonoro del más allá.

—¡Capitán! ¡La luz se ha ido por un momento!

—¡No puede ser! Debe ser la bruma. ¡Sigue el rumbo! ¡Sigue el rumbo! —Y luego, el silencio absoluto, roto solo por el choque final.

Elías se dio cuenta del horror. El sonido que había escuchado era el instante exacto en que la luz del faro, debido a un fallo en el sistema que nunca había sabido explicar, se había apagado por una fracción de segundo, justo cuando El Tritón la necesitaba para corregir el rumbo.

La Caja de Ecos le había devuelto la verdad más dolorosa, la que la bruma del tiempo y la autocompasión habían intentado enterrar: su culpa. Había un fallo en el sistema, sí, pero él era el guardián. En esa fracción de segundo, él había fallado. El ruido era un testimonio irrefutable de un fracaso que él había atribuido al destino, al mar, a todo menos a sí mismo. La onda de sonido se disipó y Elías se quedó temblando, el corazón latiéndole como un pájaro atrapado. Se levantó de la silla con la determinación fría y pesada de un hombre que acaba de ver el fondo de su propio abismo. La manivela todavía estaba caliente por su furiosa manipulación.

Tomó la caja. La levantó con ambas manos, sintiendo el peso de todos esos ecos, de todas esas vidas silenciosas que contenía. Era demasiado poderosa, demasiado invasiva. Era la negación del presente, la herramienta perfecta para aniquilar la paz.

Elías subió al faro con la caja bajo el brazo. Las grandes lentes giraban con su ritmo sagrado, un consuelo constante y luminoso. Llegó a la sala de la linterna, donde el mecanismo de relojería, que hacía girar las lentes, susurraba y chasqueaba. Se detuvo junto a la pared.

Detrás de una viga de soporte, había un hueco que usaba para guardar herramientas viejas y manuales obsoletos. Abrió el hueco, que olía a aceite de ballena antiguo y a metal. Colocó la Caja de Ecos en el fondo, empujándola con la punta de su pie hasta que desapareció de la vista. Luego, apiló encima los manuales polvorientos y un viejo farol de queroseno. Se limpió las manos, aunque el único residuo era el frío metálico del bronce de la manivela.

No la tiró al mar. No la destruyó. La había guardado. Sabía que estaría allí, un testigo silente de todo el tiempo en Punta Silencio, con su voz de bronce esperando ser despertada. Era un recordatorio, no de lo que podía recuperar, sino de lo que no debía volver a escuchar. La había desterrado, pero la había conservado como una reliquia, una espina clavada que le recordaba la necesidad de mirar hacia adelante.

Volvió a bajar, sintiendo sus articulaciones un poco más rígidas, pero su espíritu más ligero. La culpa no se había ido —el eco del crujido en la Roca del Diablo permanecería con él—, pero ahora era una culpa que podía llevar en silencio, sin buscar confirmación externa.

Cuando llegó a la cocina, Tuerca lo miró con sus ojos amarillos y saltó a la mesa, maullando para ser alimentado. Elías calentó el café, sintió el viento chocando contra el grueso cristal y miró la franja de luz que barría el horizonte. El silencio había regresado a Punta Silencio, pero ahora era un silencio diferente al de la soledad; era el silencio de la aceptación.

Al fin, Elías volvió a escuchar su propio tic-tac, que no era el tiempo de nadie más que el suyo. La secuencia de la luz continuó: seis destellos largos, un breve parpadeo, una pausa de siete segundos. Y el ciclo volvió a empezar, ininterrumpido.

Sabía que, en algún rincón oscuro de la torre, la caja seguía esperando. Pero en el corazón de Elías, la luz había ganado a la sombra.